

## XI

El mismo día de la nevada, un nuevo infortunio conmovió dolorosamente á Isidro.

Al volver á su casa pudo comer. El dueño del tenducho de las Cambroneras pareció apiadarse de su miseria, aceptando todas las promesas de pronto pago. La inclemencia del tiempo ablandaba al tendero, y el joven logró subir con dos panes, una botella de vino, queso y una lata de sardinas.

Fiesta completa. Después de comer, sintió un renacimiento de su amor á la vida. Arañó sus bolsillos para reunir las últimas briznas de tabaco, lió un pitillo, y despidiendo nubes de humo con la voluptuosidad del bienestar, contempló detrás de los cristales el paisaje nevado, que tan honda tristeza le inspiraba horas antes.

Feli apenas pudo comer: sentía repugnancia ante aquellos manjares. Una náusea los repelía de su boca, y de nuevo se sumió en su inmovilidad, en aquel agotamiento que la hacía permanecer como insensible.

El joven se apartó de la ventana al oír un suspiro de angustia.

—No veo... no veo—gimió Feli, llevándose las manos á los ojos.

Maltrana corrió hacia ella.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Qué sientes?

—Mi padre...—dijo con voz lenta—mi tío Manolo... frío, mucho frío.

La incoherencia de sus palabras inspiró miedo al joven.

Sus ojos estaban inmóviles, considerablemente agrandados, con un estrabismo que dejaba al descubierto toda la córnea, empujando la pupila á un ángulo de los párpados. Se llevaba las manos á la frente.

—Dolor... mucho dolor—murmuró como una niña enferma.

Después, se tentaba el estómago, repitiendo el mismo quejido. Inclínaba la cabeza, como si no pudiese resistir el peso de aquella cefalalgia, que entorpecía sus facultades intelectuales. Contestaba con incoherencia á las angustiosas preguntas de Isidro ó no las contestaba, permaneciendo en un silencio enfurruñado.

De repente, se quejó del zumbido de sus orejas, que parecía enloquecerla, del hormigueo que sentía en su cuerpo, de la rigidez que inmovilizaba sus miembros.

—Todo rueda—gimió.—Ruedan las paredes... se abre el piso... un agujero muy negro, ¡muy negro! Isidro, cógeme... agárrame, que me caigo... ¡que me caigo!

Y á pesar de que el joven la tenía fuertemente sujeta entre sus brazos, ella manoteaba, defendiéndose para no caer en el negro abismo que veía su trastornada imaginación.

Luego dió un alarido y rompió á llorar con desesperados gritos.

—Mi padre... mi pobre padre. Miralo: está en la puerta... entra... nos mira; lleva una mortaja... blanca; blanca como la nieve.

Sus ojos extraviados miraron hacia la puerta, y había tal seguridad en sus palabras, que Maltrana se volvió, creyendo, por un momento, en la certeza de la alucinación.

Con grandes esfuerzos pudo llevarla hasta el pobre lecho y la tendió en él; creyendo terminada la crisis. Seguía llorando: el joven esperaba que las lágrimas la librasen del dolor que la oprimía los pulmones y la atravesaba la frente, como si fuese un clavo enrojecido.

Pronto se convenció de que la crisis iba en aumento. Feli, tendida en la cama, ya no movía su cabeza de un lado á otro con penoso vaivén. La inclinaba sobre el hombro derecho, al mismo tiempo que sus ojos seguían mirando hacia la izquierda con una fijeza inquietante, como si contemplasen algo que la infundía pavor. Las pupilas se dilataban; la boca entreabríase con el temblor de las mandíbulas ó se cerraba oprimiendo la lengua. La palidez de su rostro tomaba un tinte lívido; la respiración era penosa, breve, irregular, agitada por ruidosos suspiros. De pronto, interrumpióse aquélla con una contracción violenta de los músculos del pecho y la enferma quedó inmóvil, como si fuese á perecer por asfixia.

Maltrana agitábase en torno de la cama, aturcido, sin saber qué hacer, aterrado por su soledad y su inexperiencia.

—Feli... nena mía; respira... habla. Dios mío, ¿qué es esto?

Y la golpeaba las manos, tiraba de sus brazos, la soplabá en la boca como si quisiera devolver aire á sus pulmones.

Duró esto menos de un minuto pero al joven le pareció interminable; sentía una angustia casi igual á la de la enferma. Volvió ésta á respirar y su inmovilidad se trocó de pronto en una agitación loca. Los músculos orbiculares se contrajeron y ensancharon, los párpados se cerraron y abrieron aleteando con loca rapidez. Los ojos rodaban en sus órbitas lanzando una luz extraña, como si la electricidad de la convulsión reflejase en sus pupilas verdosas centellas. Las mandíbulas se cerraron fuertemente, ensangrentando la lengua. Una espuma burbujeante asomó á las comisuras de los labios, con sordos rugidos. El cuerpo se contraía y dilataba, doblándose como un arco, mientras la cabeza y los pies se hundían en las desordenadas ropas del lecho.

Isidro corría como un loco por la habitación. Después abrió la ventana.

—¡Sócorro!—gritó.—¡Teodora!... ¡Señora Teodora!

Nadie le oía. La calle, la plaza, el inmediato callejón de los gitanos, todo estaba en silencio, cubierto de nieve, sin la negra silueta de una persona. Siguió gritando con la angustia del miedo y, por fin, de la primera casucha vió surgir una cara bronceada, llena de arrugas, con ojos de curiosidad.

—Salguerillo... Salguero. ¡Por tus muertos te lo pido! Avisa á la Teodora... que venga. Mi mujer se muere.

Cuando se retiró de la ventana vió á Feli revolviéndose en el suelo, rugiendo con una expresión espantable que crispaba los nervios, llena la boca de espuma que se coloreaba de rojo con la sangre de la lengua. Las convulsiones la habían hecho caer de la cama, golpeando el suelo con

su vientre. El joven tuvo que realizar grandes esfuerzos para subirla y sujetarla evitando que rodase otra vez.

Su respiración comenzó á ser menos agitada. Abrióse su boca absorbiendo el aire con grandes y ruidosas aspiraciones: la nariz se dilató desmesuradamente, chocando después sus alillas al contraerse. Comenzaron á descender en intensidad los estremecimientos; los músculos cesaron de contraerse. Los brazos se extendieron pegados á las piernas inmóviles. Los ojos mostraban las pupilas dilatadas, con una veladura mate, como si fuesen ojos de cadáver. Un sueño pesado, letárgico, se apoderó de ella.

Maltrana creyó por un momento que había muerto, pero al aproximar el oído á sus labios se tranquilizó. Una débil respiración animaba con su estertor el cuerpo inmóvil.

Entonces oyó que llamaban á la puerta y fué á abrir para que entrasen la Teodora y otra vieja.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?... Las gitanas llegaban corriendo, alarmadas por el recado de Salguero, pero Isidro creyó que había pasado algo así como un siglo.

Dejóse caer en una silla como si al recibir el auxilio de aquellas mujeres, sintiese de golpe todo el terror que la crisis le había causado.

La Teodora examinó la enferma, mientras Isidro le explicaba lo ocurrido, con voz temblona. Ella conocía estos accidentes: había visto á muchas mujeres sufrir lo mismo en sus embarazos.

—Es mal del corasón, don Isidro—decía con la certeza que le proporcionaba su ciencia.—La *Señorita* es tan poca cosa que el embarazo la trae trastorná. Esto, en cuanto suerte la *churumbela* que yeba dentro, ya no se repite.

Después habló de sangrarla: ella era capaz de hacer la operación. Había pinchado á todos los enfermos del barrio con una maestría que ya quisieran tenerla muchos barberos. Pero ante el gesto de Maltrana se contuvo. Conformes: no la sangraria, por el momento ya había pasado el peligro, pero en cuanto despertase la pobre *Señorita* iba á administrarla unas tacitas de un cocimiento que hacía milagros; hierbas del campo recogidas por ella misma y que guardaba en su casa. La compañera fué por los hierbajos, y Maltrana y la vieja quedaron junto á la enferma contemplándola silenciosos.

Feli dormía tranquilamente, con los ojos cerrados. El sueño parecía arrollar en su avance los últimos signos de la enfermedad.

Cuando despertó, después de anoecer, llevóse la mano á la frente, como si quisiera fijar sus recuerdos. Miró en torno de ella, titubeando, como extrañada de verse en el lecho, en plena noche, á la luz de una bujía que marcaba en la pared las sombras de Isidro y la Teodora sentados junto á la cama.

—Ya está buena la *Señorita*—gritó la vieja.— ¡Olé, ya tenemos niña!

Maltrana, instintivamente, se abalanzó á la enferma, besándola repetidas veces, sin hacer caso de la extrañeza de Feli, que pugnaba por reunir sus recuerdos.

La gitana, ayudada por su compañera, confeccionó en la cocina su famosa infusión, de la que hizo beber varias tazas á la enferma.

Viendo tranquila á Feli, se fueron las dos viejas, recomendándola que no abandonase el lecho. Aquello no había sido más que una crisis propia de su estado: tal vez habría cogido frío.

Había que cuidarse, que el tiempo era muy perro.

Al quedar solos los jóvenes, Isidro habló á la enferma del miedo que había sentido.

—Creí que ibas á morir: que te perdía en un instante.

Y añadía con sencillez, temblando aún su voz con el recuerdo de la pasada emoción:

—¡Ay, Feli! ¡No mueras, mi alma! No he sabido lo que te amo hasta esta tarde en que creí que te ibas para siempre.

La enferma movía con pereza una de sus manos y acariciaba la cabellera crespa de Maltrana, lamentándose de la forma aterradora de la crisis, como si ésta fuese un acto de su voluntad.

—Pobrecito—decía lentamente,—qué susto te he dado. Aún se te conoce en la cara: estás pálido, te tiembla la voz. Ríñeme por mala... Te juro que no lo haré más. Yo contendré mis nervios: yo procuraré no dejarme llevar por ella aunque reviente.

Volvió á dormirse muy entrada ya la noche. El silencio era absoluto. Fuera de la casa, ni un ruido de pasos, ni una voz: la nieve pesaba sobre la vida, ahogando sus movimientos.

Helaba. Un frío punzante é irresistible, el frío que sigue á las grandes nevadas, deslizábase por las rendijas de las maderas, filtrábase por las paredes.

Feli se agitó en su lecho, murmurando con suspiro infantil, sin abrir los ojos.

—Frio... mucho frío.

Estaba cubierta por la única manta que tenían en la casa y el mantoncillo que le había comprado Isidro al comenzar el invierno. El joven extendió sobre el cuerpo de ella un traje de

percal y la poca ropa blanca que colgaba de unos clavos. Estas telas sutiles eran de un abrigo ilusorio.

La enferma seguía estremeciéndose, y el pobre Isidro, que temblaba de frío, se quitó el macferlán para añadirlo á la cubierta.

Era una noche terrible. Maltrana paseábase por el cuarto como si estuviese en medio de la calle. No se oía ruido de viento: la calma era absoluta, pero en este ambiente tranquilo, el frío resultaba más punzante, más mortal. Parecía que el mundo acababa aquella noche, que el sol ya no saldría más, que la tierra iba á permanecer por siempre bajo su mortaja de nieve.

El joven entró en la cocina. En una cazuela quedaban unas brasas abandonadas por la Teodora después de su cocimiento. Metió en la habitación este anafe improvisado, colocándolo cerca de la cama.

Feli seguía quejándose entre sueños.

—Frio... mucho frío... Tengo los pies de hielo.

El se quitó la chaqueta, una prenda de verano que aún subsistía sobre sus hombros como testimonio de pobreza, y la extendió sobre la cama.

El fuego mortecino iba extinguiéndose. Isidro pensó con envidia en la fuerza de los obreros. De tener el vigor de un albañil, de un peón del adoquinado, arrancaríase una puerta, haría astillas una ventana para mantener el fuego; se defendería de la noche cruel, eterna como la muerte. Lamentaba su miseria física, que añadía nuevas tristezas á su situación. Estaba desarmado para la vida: el último de los vagabundos que marchaban por las carreteras valía más que él con toda su cultura inútil.

Fuego... necesitaba lumbre. Se lo pedía Feli, angustiosamente, en el tormento de la congelación que turbaba su sueño.

Miró con rabia los papeles y libros apilados en un rincón. En Madrid no encontraba quien le diese pan, pero siempre volvía á casa con los bolsillos llenos de papeles. Los camaradas le ofrecían periódicos para que leyese sus artículos: los autores le regalaban libros con pomposas dedicatorias. «Al erudito y notable escritor Isidro Maltrana, su admirador...» ¡Le admiraban! ¿por qué? tal vez por su miseria. Vendía los libros por unos cuantos reales, por lo que querían darle, y, sin embargo, siempre tenía volúmenes en su casa; versos tristes de gentes con salud y medios para defenderse del hambre; novelas sobre crisis de las almas; tratados para resolver el conflicto social. El papel le perseguía, le rodeaba; había nacido para ser un siervo. ¡Siempre el papel, negro de tinta, acosándolo, cerrándole el camino! Mientras tanto, el pan y el bienestar huían de él, yéndose en busca de los brutos.

Con la cólera que le inspiraban estos pensamientos, arrojó en el triste rescoldo un volumen, el primero que halló á mano. El papel grueso y brillante se ennegreció, al mismo tiempo que de sus páginas, encorvadas por el fuego, surgía una llama, esparciendo denso humo por la habitación.

Ni calor podía dar el maldito papel, motivo de envidias y locuras para muchos imbéciles. Y temiendo que el humo le obligase á abrir la ventana, cogió la cazuela con el volumen chamuscado, llevándola á la cocina.

Al volver, paseó largo rato con los brazos cruzados y las manos en los sobacos, temblando de

frío, agitando sus piernas violentamente, como si temiese quedar yerto.

Feli abrió los ojos, y mostró asombro al ver á Isidro en mangas de camisa. Iba á costiparse: hacía mucho frío. ¿Dónde tenía sus ropas?...

Maltrana mintió con un cinismo que hacía llorar. Había dejado su abrigo sobre la cama porque tenía calor. La noche era magnífica: aún sentía en su estómago la tibieza del vino que había bebido por la tarde y de aquellas sardinas que eran un bocado de príncipe.

El pobrecito, al decir esto, daba diente con diente, y fingía reirse para ocultar su temblor.

El frío acabó por obligarle á refugiarse en el lecho. Feli protestaba contra su empeño de permanecer en vela: sentíase bien; el peligro había pasado...

Juntáronse los dos cuerpos por la atracción del calor, pegándose el uno al otro con intensos escalofríos. Se confundían sus alientos y los sudores de su piel: experimentaban la voluptuosidad del bienestar animal, al ir calentándose poco á poco, en esta comunión de sus cuerpos. Maltrana sentía la dura redondez del hemisferio materno, el contacto de aquel fardo de vida, que amenazaba su porvenir. La juventud había huído de él, para condensarse en esta cavidad. La pobre Feli había perdido de golpe la alegría y la salud. Se habían unido, creyendo en la hermosura de la vida, en la eterna primavera del amor, con las risas é inconsciencias del pájaro, para verse de pronto prisioneros de su propia obra, transformados en vulgares procreadores, con todas las angustias de la responsabilidad.

Feli dormía otra vez, y su amante pensaba. La obscuridad de la habitación, parecía embrollar sus